

Cuernos

Luis sorbe la ardiente cucharada de sopa sin levantar la vista del plato. Al otro lado de la larga mesa, su mujer, Belén, con un pulso tembloroso no apto para robar panderetas, hace lo propio. Atrás han quedado las discusiones, las disputas por tener la razón, y mucho más atrás las conversaciones agradables y los versos románticos. Esto tiene una explicación, una explicación que se llama Francisco, aunque prefiere que se refirieran a ella como Verónica, que mide uno ochenta y cinco, tiene pene y muestra siempre orgullosa unos pechos imponentes. Un transexual que, a lo largo de los meses que han precedido a esta cena, ha cambiado la relación entre Luis y Belén.

Luis era piloto de vuelos de corta duración, siempre nacionales. Normalmente volaba entre las Islas Baleares y Madrid. Debido al horario de los vuelos, en alguna ocasión debía hacer noche en algún hotel de la capital para salir bien temprano a la mañana siguiente. Al inicio de la vida en pareja, Luis extrañaba a Belén y no dudaba en utilizar en teléfono móvil de la empresa para hablar largo y tendido con su esposa mientras, sin ningún tipo de interés o criterio, cambiaba de canal con el mando a distancia de su habitación de hotel. Las pernoctas en Madrid se fueron sucediendo con más frecuencia. Luis, incomodado por no tener nada nuevo que contarle a su mujer, se inventaba cualquier tipo de excusa para bajar al bar del hotel y conversar con alguna azafata que lo acompañaba en sus vuelos. Luis siempre había sentido la tentación de acostarse con una compañera de trabajo, más por el morbo y por el rumor que siempre ha habido entre pilotos y azafatas que por apetito sexual.

Belén trabajaba en el punto de información turística ubicado junto a la Catedral de Sevilla, ciudad en la que vivía con Luis. En las noches que Luis pasaba fuera, Belén se

comportaba como una estupenda esposa: cuando volvía del trabajo sacaba al perro a pasear, se preparaba una ensalada, se calzaba unos calcetines gordos de lana y se acurrucaba en el sofá con una manta de cuadros para ver House o Bones, dependiendo del día de la semana. En un principio, su matrimonio era feliz, no le importaba quitarle la voz a la televisión para hablar con Luis por teléfono hasta estar muerta de sueño. Pero debido a las repetitivas noches a solas con Tony, su perro, decidió aceptar la invitación de su compañera de trabajo y salir a tomar algo, aunque fuera entre semana. En los bares, los chicos (y alguna chica) la miraban y admiraban, sobre todo por su preciosa melena morena. Nunca se le pasó por la cabeza engañar a su esposo, y menos en su propio barrio, si bien se sentía celosa cuando Adela, su compañera de trabajo y, con el tiempo más frecuentemente, de copas, ligaba y se llevaba a algún guiri joven y guapo a su casa. Su puesto de atención al público, le concedía la posibilidad de conocer a muchos hombres. Belén sabía que, si ella quería, podía disfrutar de la compañía de muchos de ellos mientras Luis estuviese fuera.

Una de las noches que Luis tenía que hacer en el hotel de Madrid, tuvo lugar una grave discusión por teléfono con Belén. El tema de la discusión era la boda de la hermana de Belén, el problema, que Luis no había conseguido el fin de semana libre para asistir a la boda. Belén argumentaba para bien de sus intereses que Luis debería haber avisado antes a su jefe de que necesitaba esos días. Luis le rebatía sosteniendo que la estrategia para conseguir los días no tenía tanto que ver con la antelación con la que los solicitara como con quién los solicitara, si bien otros compañeros «le lamen el culo al jefe», palabras textuales de Luis, y «ya han cogido esos días». Mentía, a Luis se le había olvidado pedirle a su amable jefe el fin de semana libre. Esa misma noche, que acabó con un sollozo extraño que Luis no había escuchado de

Belén, hasta el momento, y un «ya hablaremos» más propio de una madre enfadada que de una esposa rencorosa, Luis decidió acabar con la reserva de vodka del barman del hotel. Horas más tarde, seducido por el alcohol, la bronca con su mujer y las cariñosas palabras de una de sus azafatas, Luis acabó tumbado en una cama distinta a la suya conteniendo las arcadas que le provocaba la borrachera y con un preservativo en el pene que lamía con dedicación su compañera de vuelo. Esa misma noche, Belén recibió un sms de Adela mediante el cual se le pedía ayuda con dos suecos de veintidós años que querían probar la carne andaluza. Belén no lo pensó dos veces y unas cuantas copas después acabó sin los gordos calcetines de lana y no precisamente en el sofá bajo una manta de cuadros, sino con un picardías rojo que Luis le había regalado en algún aniversario y la cabeza de un sueco rubísimo entre las piernas.

Cuando se volvieron a ver, Luis y Belén estaban arrepentidos de lo que habían hecho, pero ninguno lo confesó. Olvidaron la bronca telefónica e hicieron el amor como al principio de su relación, con dedicación, pasión y el teléfono móvil apagado. El experimento había resultado un éxito. Luis pensó en aquella frase que decía que «el matrimonio es una cruz tan grande que a veces hay que llevarla entre tres», mientras que Belén se repetía a sí misma mientras preparaba el café matutino que «ojos que no ven, corazón que no sienten». Desde aquel día y sin que el cónyuge lo supiera, Luis y Belén aplicaron la misma técnica: Luis se acostaba con alguna de sus azafatas y Belén se llevaba a casa a un turista nórdico.

La estrategia dio resultado hasta que Luis, cansado de sus azafatas, decidió ir más allá. Una noche, en el hotel de Madrid, Luis bajó al bar y entabló conversación con una mujer alta y corpulenta que bebía sola una copa en una de las mesas. A los pocos minutos, ya reían y se dejaban acariciar el hombro. Ella se ausentó por unos momentos. Cuando regresó,